



Alberto Betancurth

EL TERRITORIO PERDIDO.

Disolución del yo, Ilusión del otro.

Ana Patricia Noguera de Echeverri
FILOSOFO*

Una de las características más sobresalientes de nuestras sociedades contemporáneas es la pérdida de territorialidad. Este fenómeno no sólo se refleja en la vivencia cotidiana de miles de familias cuasi-trashumantes que tienen que vivir en territorio prestado, lo cual genera un desapego a la casa y a su entorno, sino en la pérdida de territorialidad consigo mismo.

La tendencia esquizoide de personas de diferentes clases y grupos socio-culturales, se refleja en la necesidad de aislamiento que, paradójicamente, se encuentra en la masa. En ella, la pérdida de identidad, el anonimato, manifiestan el desdoblamiento, la disolución del yo, a la cual se ven violentados los seres humanos, por obra y gracia de las tendencias homogeneizantes de los sistemas tanto persuasivos como represivos que conforman la red estructurante de la vida

* Profesora Asociada. Universidad Nacional de Colombia. Sede Manizales.

cotidiana. Y aunque en ella, la norma pierde su carácter abstracto y se concretiza en diferentes modos de práctica, los sistemas de dominación, -cada vez más sutiles y mediatizados por lenguajes muy cercanos al dominio sobre el inconciente tanto colectivo como individual-, penetran en la vida diaria de hombres y mujeres manipulando sus decisiones y disolviendo el sentido esencial de identidad y de otredad.

Los patrones identificatorios que crean dichos sistemas, llevan a que progresivamente se pierda la territorialidad propia del ser en sí, del yo en su mismidad primordial, para replegarse sobre un otro, que no es comprendido ni entendido como otro, sino que es ilusoria propiedad del yo.

Esta disolución del yo, es una tendencia general de las sociedades contemporáneas que expresa sin duda un descontento profundo respecto a los patrones racionalistas impuestos por las sociedades modernas y/o modernizantes, y en los cuales se creyó hasta hace muy poco tiempo. Nos referimos al yo intelectual, patrón impuesto en escuelas, colegios y universidades, y que desde el punto de vista de los sistemas racionalistas (expresados concretamente en los ideales de la ciencia y tecnología) fueron y continúan siendo eficientes para continuar desarrollando tales campos de la humanidad moderna.

Paradójicamente, el desarrollo del sujeto intelectual cartesiano, suscitó y fue la base del progreso científico y tecnológico moderno. Pero el abandono del sujeto integral, en pos de una educación basada solamente en el desarrollo de destrezas intelectuales, suscitó una angustia ancestral, un malestar permanente de las sociedades modernas con ellas mismas, del intelectual consigo mismo, y por otro lado, del artista y del filósofo consigo mismos, con el sentido de su creación y de su pensar, angustia y malestar que puede bien llamarse el pathos de la modernidad.

El solipsismo, la tautología de unos sistemas racionalistas criticándose dentro de sí mismos, negaba la posibilidad de una

otredad presente en la humanidad misma, otredad que reclama actualmente su reconocimiento, con los gritos y susurros de grupos humanos heterogéneos que desde las religiones, los ritos, los mitos, la vida cotidiana, los conocimientos alternativos, la poesía y el arte en general, exigen el derecho a la diferencia. La racionalidad, aún la ampliada, se ha manifestado a través de los sistemas racionalistas actuantes por medio de una actitud solipsista. Desde su pedestal, aparentemente sólido, se niega a aceptar la existencia de otras dimensiones en el ser humano, que no sean ella. Y si ahora la racionalidad ha iniciado su descenso del pedestal, no ha sido para aceptar sus límites, sino para querer abrazar aquellas dimensiones que en otros tiempos desvalorizó.

Los racionalismos se niegan a aceptar que ellos solos no pueden dar cuenta de la totalidad de lo existente, y por ello, han colocado a su servicio los sentimientos, los deseos, las creencias, los mitos y los sueños de los seres humanos. Momento peligroso pues con un carácter 'magnánimo', los racionalismos no entregan la sartén que han creído tener por el mango, sino que hacen la concesión y aceptan la existencia esencial en el yo, de los sentimientos y deseos, pasiones y sueños, fantasías y creencias sí, y sólo sí, ellas son elementos de los sistemas racionalistas mismos.

Decimos momento peligroso, porque el carácter histórico de la razón como racionalidades puede llevar a una manipulación muy sutil de estos aspectos, para reivindicarse ella misma en sus diversas tendencias monodireccionales.

Si ahora hay una mayor preocupación en los sistemas educativos, por el desarrollo de la sensibilidad en el estudiante, esta preocupación tiene su raíz en los nuevos planes curriculares, donde se direccionan todas las actividades a una mayor eficiencia intelectual. Sigue entonces presente, el imperio de la razón instrumental sobre otras dimensiones de la racionalidad misma, y de las dimensiones que están por fuera de ella. Una clase sobre el deseo, o sobre la imaginación, sobre el erotismo y la sexualidad, sobre lo ecológico o la creatividad, es

una nueva forma de intelectualizar (y muchas veces muy pobremente), aquellas dimensiones intraducibles al lenguaje discursivo-lógico.

Por ello, la apertura de los racionalismos occidentales en el campo educativo o de trabajo, hacia la aceptación de aquellas formas de ser que tienen que ver con la sensibilidad en todas sus manifestaciones, debe mirarse muy críticamente. Así como puede ser una honesta intención de reelaborar, reinterpretar, o redescubrir otros ámbitos que permitan la constitución de un yo integral, puede ser, de nuevo una trampa tejida por la razón instrumental misma, para disolver en nuevos discursos, esta vez desde lo micro, la fuerza (débil al decir de Vattimo) de unas formas de ser negadas por el imperio de dicha razón monológica e instrumental moderna. Desde esta perspectiva, la decadencia de dicha racionalidad, es palpable, pero a su vez muestra la tendencia esquizoide de occidente. Palabras en el plano de la filosofía, como solipsismo, o de la psicología, como egocentrismo, se han manifestado en la historia del occidente moderno, como nazismo, fascismo, nacionalismo, racismo, machismo, feminismo, y otros ismos que desde la perspectiva antropológica reflejan una cultura en decadencia.

Estos ismos, que pudieron comenzar buscando la reafirmación de la otredad, de la identidad y de la diferencia, tomaron un camino distinto: el de la negación del otro como otro, y por tanto del yo como yo. Este es el caldo de cultivo no sólo de las tendencias globalizantes de esta aurora del siglo XXI, sino de la disolución del yo y de una serie de formas nuevas de estructuración que tiene que ver con los nuevos estadios de la historia, que se concibe ahora como tejido de historias que no siempre dialogan entre sí

Sin tomar posiciones valorativas, sino simplemente tratando de comprender los fenómenos actuales que han tejido el imaginario del consumo de alucinógenos y fármacos, nos atrevemos a proponer a nuestros lectores de la revista Droga y Cultura, el camino de la filosofía como posibilidad entre otras de preguntarnos por el sentido y razón de esta manifestación

cultural, dentro de lo que hemos llamado desterritorialización y disolución del yo.

Sentido de la vida y territorio del yo

Desde la perspectiva ambiental, la vida no se reduce a un fenómeno que deba ser explicado únicamente desde la ciencia de la biología, sino que es el apriori para que todo pueda ser. La obviedad de este apriori, ha llevado a la cultura humana a una tendencia: la de alejarse de él, para concebirlo como aspecto de observación, estudio, contemplación, recreación o representación. En la cultura occidental la tendencia a alejarse de este apriori, ha llevado al olvido de su presencia constante en todas las formas de ser, aun las más abstractas y elevadas de la intelectualidad moderna. Y de este olvido, sólo hay un paso, mediado por el deseo de poder y de dominación de unas clases o grupos sobre otros, hacia el irrespeto por dicho apriori de la vida.

No es sólo la contaminación de los ríos o del aire que respiramos, de las frutas, verduras y carnes que comemos, lo que llamamos problemática ambiental. Es la constante irreverencia por aquellos fenómenos estructurantes del fenómeno de la vida en su más profunda integralidad, lo que afecta el territorio del yo y el yo como territorio. Los medios de comunicación, las infinitas formas de información de los diversos acontecimientos de la humanidad, son formas de desterritorialización del yo, tal vez para constituir otro yo, más crítico o más alienado, según el contexto en el cual se muevan y se comprendan dichas formas de comunicación e información.

En el contexto del capitalismo de avanzada, que se caracteriza por la transculturización y la tendencia a la homogeneización, contexto dentro del cual nos movemos querámoslo o no, aun dentro de las diferencias y singularidades propias de Colombia y de la región de Manizales, la penetración de estas formas que la informática ha perfeccionado en alto grado, contrasta con una mentalidad y formas significacionales de vida cotidiana, de carácter premoderno. Si en Europa, lugar de origen de la modernidad, el carácter homogeneizante de las formas del

capitalismo ha causado tantos éxitos de orden económico, científico y tecnológico como también, tantos fracasos de orden antropológico, político, social y espiritual ha sido, sin duda, por el énfasis que han puesto estas formas de comunicación e información, en la exaltación de un yo desdoblado de sí mismo, buscando ilusoriamente su imagen en el espejo de la mercancía como un fetiche de orden mítico, y de un concepto de naturaleza y de vida, puesta al servicio de ese yo ilusorio que cree poseerlo todo a partir de la posesión del objeto-mercancía.

Y lo más doloroso es que ese yo constituído dentro de la ilusión de la posesión de la mercancía-fetiche, cree que los otros son también objeto-mercancía-fetiche.

Esta es una de las razones por las cuales el consumo de alucinógenos y estupefacientes no tiene el sentido ritual y de búsqueda de comunicación con otras formas de ser, sino el sentido de reafirmar ilusoriamente, aquello que en la cotidianidad se ha perdido: el territorio del yo y el yo como territorio. La desvinculación progresiva que todos los medios de comunicación, información y formación establecen en el sujeto respecto de la vida en su integralidad diferenciada, hacen del sujeto un navegante permanente de la tierra, y muchas veces, sobre todo cuando dichos procesos no están acompañados de la reflexión, sin carta de navegación. El sujeto a la deriva disuelto en pedazos, navegando casi en un mismo instante por desiertos, selvas, mansiones de los grandes potentados, las barricadas de los más pobres; navegando en un mundo ilusorio por utilizar determinada marca de jabón, perfume, crema de afeitarse, camisa o carro; a la deriva, porque puede ver las imágenes más descarnadas de la guerra o la violencia, de la sexualidad, el amor, o el odio, casi sin inmutarse; a la deriva por las contradicciones existentes entre los avances más significativos en el campo de la tecnología y los más inexplicables fenómenos de analfabetismo, degradación humano-ambiental, o desnutrición; el sujeto contemporáneo (llamados por muchos postmoderno), es un sujeto atomizado, dislocado, esquizoide por tanto, y profundamente solo. La crítica como la entendían los padres de la Ilustración, no basta para la construcción de dicho

sujeto, por parte, por ejemplo de los procesos educativos. Otros hilos, pertenecientes a otras dimensiones imposibles de expresar por medio del lenguaje lógico, imposibles de expresar en las cartas de navegación diseñadas por profesores, padres de familia, o los mismos medios, llevan paulatinamente a la más profunda crisis ambiental del sujeto desterritorializado.

Rotas las amarras, roto el vínculo con un espacio y un tiempo pertenecientes a una época histórica, roto el vínculo con el espacio y el tiempo mismos, el sujeto no tiene tiempo para constituirse cuando ya está disuelto. Los niños desde el vientre materno, ya están escuchando y asimilando miles de datos que constituirán parte de su historia. Esos mismos niños, a los cuatro o cinco años, ya han visto tantas horas de televisión, que es imposible exigirles el mismo concepto de tiempo, espacio y territorialidad que pueden tener sus padres o maestros.

Si la ruptura era fuerte hace treinta años, tanto que se habló de lucha generacional, muerte del padre, y otros términos, con mucha mayor razón lo es ahora, y en una progresión que ya ni siquiera es geométrica, sino algebraica. La distancia que separa a un niño de 5 años de sus padres de cincuenta o treinta años, es casi de proporciones infinitas, pues el niño maneja una concepción espacio temporal tendiente a cero. El fax, el Internet, las grandes conquistas de la microelectrónica, los juegos computarizados, la realidad virtual, y otros fenómenos del crepúsculo al que estamos asistiendo, han roto las amarras con la historia moderna, y por ello con todos los conceptos modernos, como por ejemplo, los de sujeto y objeto.

Por todas estas razones, el consumo compulsivo de alucinógenos y fármacos, se da por la necesidad de rescatar el territorio perdido, el campo afectivo mínimo para que la existencia tenga sentido. La tragedia es que es una ilusión y como ilusión tiene que confrontarse e incluso contradecirse con ese otro ámbito de la realidad que se ha llamado lo real. Y la confrontación produce desilusión. Por esta razón, la pulsión de muerte de los consumidores compulsivos es tan marcada. No se consume para encontrarse sino para huir de sí mismo, que es un sí mismo

escindido. No se consume para comunicarse y conectarse con otras dimensiones de la vida, sino para olvidarse del propio compromiso de vivir y de sus implicaciones a partir del otro como otro. Se consume para desdoblarse en un yo ególatra, y no para mediatizar las relaciones con el otro y construir campos nuevos de acceso. En otras palabras, se consume y no se usa.

Las dos palabras tienen significaciones contextuales muy diferentes. Mientras la primera tiene que ver con el tipo de sociedad construida por el capitalismo de avanzada, la segunda tiene que ver con el sentido heideggeriano de uso de la naturaleza, que para él está totalmente relacionado con respeto y admiración por ella.

Fenómenos colaterales con el del consumo moderno de narcóticos y estupefacientes, como son los de producción, narco violencia, narco guerrilla, y hasta narco-democracia, muestran el reduccionismo a que se han visto abocadas sustancias mágicas producidas por la misma naturaleza y que en otro contexto menos esquizoide y neurótico, podría permitirle al hombre conocimientos de otras dimensiones insospechadas. Lastimosamente lo que se encuentra en nuestras sociedades, son fenómenos de degradación, pérdida del sentido de la vida y depresiones profundas relacionadas con el consumo, tal vez porque se ha perdido la dimensión y el valor de la vida en su integralidad.

Se ha perdido el territorio mínimo de sentido: la pertenencia primordial a la naturaleza y como consecuencia de ello, el respeto a sus frutos. Estos, convertidos también en recurso y mercancía, han perdido su sentido conector con otras dimensiones de la vida, para pasar simplemente a ser objetos que permiten el desaforado y exorbitante enriquecimiento de unos, y la destrucción total de otros. Aquella que reconoce la presencia en sí misma de la intuición, la imaginación, la fantasía o el deseo.

JULIO DE 1995

CULTURA Y SOCIEDAD DE CONSUMO

"LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA CONTINÚA
VIAJANDO EN EL BULLICIO DE LA MODERNIDAD, SIN
METAS DEFINIDAS, SIN FINALIDADES PRECISAS Y
SIN UNA CLARA REPRESENTACIÓN DEL FUTURO"

(I. RAMONET).

Ruben Cuartas Restrepo
SICOLOGO*

De qué le sirve a la civilización actual el hacerse la desentendida acerca de los problemas de la sociedad moderna: la masificación creciente impulsada por los medios de comunicación, la carencia de unas adecuadas y cálidas relaciones afectivas, la pérdida de los valores humanos fundamentales, los conflictos de identidad y del reconocimiento personal y colectivo, la falta de metas con sentido, la caída de las tradiciones, la deshumanización de la vida cotidiana, el desenfreno por el consumo, la devastación del espacio vital natural, la competitividad interhumana, la formación indoctrinada creciente de la humanidad, el desastre que pueden acarrear las armas nucleares, etc, etc. Nosotros tenemos una radiografía de los conflictos e impases de nuestra civilización; aunque desgraciadamente todos seguimos el camino más fácil, seguimos el pulso de nuestra época y nos hacemos los indiferentes a los dramas de la existencia cotidiana.

* Secretaría de Salud Municipal de Manizales.